

# LOLÓ DE LA TORRIENTE: PROTAGONISTA DE VÍNCULOS CULTURALES EN AMÉRICA

*Olga M. Rodríguez Bolufé*

[...] México era como su cactus. Verde y áspero por fuera, generoso y tierno por dentro, y eran estas virtudes, en ardiente infusión, las que procuraban a mi espíritu [...] cierta invencible esperanza.

Loló de la Torriente. *Mi casa en la Tierra*, 1956.

América Latina y el Caribe confluyen en la historia cultural del siglo XX como zonas personalizadas que interactúan con énfasis ante los reclamos epocales y contextuales. Dos países que exponen claramente la operatividad de una interpretación historiográfica a partir de interacciones son Cuba y México. Justamente en este diálogo, una de las figuras esenciales que contribuyó a afianzar las relaciones artísticas entre nuestros países en momentos claves de la definición de proyectos culturales en las décadas del 30 al 60 fue Loló de la Torriente.

La suerte de contar con dos de sus libros autobiográficos (*Mi casa en la tierra*, 1956 y *Testimonio desde dentro*, 1985) y con los valiosos testimonios de familiares y amigos, así como con sus trabajos sobre artes plásticas publicados o recopilados, nos permiten presentar a Loló en la perspectiva de un intercambio cultural determinante para el desarrollo de las artes plásticas en Cuba y México.

Cuando Loló de la Torriente llega a México en el año 1937, la acompañaban las vivencias de un año de reclusión en la Prisión Nacional de Mujeres de Guanabacoa, acusada de propaganda subversiva cuando se encontraba en Estados Unidos en 1935. La actividad política de Loló en Cuba había sido sistemática desde la dictadura de Machado, al participar como activista, militante y escritora en diversas organizaciones, congresos y actos públicos. De estos

años datan sus vínculos con Julio Antonio Mella y con muchos intelectuales destacados y sus recorridos por la isla en misiones políticas que evidenciaban la maduración de una conciencia social comprometida con su tiempo y con los conflictos de su país.

Graduada de Derecho en 1929, y con toda esta experiencia política acumulada, llega Loló con 31 años al México cardenista. Este país le ofreció espacios a la joven escritora cubana en las revistas del Partido Comunista Mexicano, en otras publicaciones como *El Nacional*, *El Popular* y el diario *Novedades*, donde llegó a ser editora y a ocuparse del Sector de Palacio en el sexenio de Miguel Alemán, según nos refiere el escritor cubano Virgilio López Lemus.<sup>1</sup>

Muy pronto la periodista cubana comenzó a vincularse con el círculo intelectual mexicano de aquellos años, entre los que sobresalían los muralistas. Se trataba de una etapa convulsa, donde la polémica acerca del rol del artista se convertía en centro de debates públicos una vez que se reconocía a nivel internacional la enorme hazaña plástica —al decir de Juan Marinello— que aportaba América al mundo con el Muralismo Mexicano.

Sin embargo, dentro de los propios muralistas existían divergencias, evidenciadas desde los inicios del movimiento, que la propia Loló

distingue y comenta en un ensayo publicado en México en 1947. Existía, a su modo de ver, un grupo que hizo marcada oposición, desde los muros, a los aspectos negativos del gobierno, un segundo grupo que tuvo a su cargo la oposición directa desde las páginas de los periódicos ingresando en la militancia sindical y el tercer grupo que optó por emigrar al extranjero.

Al revisar los trabajos sobre arte mexicano publicados por Loló durante esos años se detecta su agudeza perceptiva en una época que demandaba actitudes y obras con gran firmeza. Loló investigó ávidamente la vida y trayectoria de los “Tres grandes”. En el caso de Orozco, nos cuenta de su agudeza e ironía y de lo respetado y querido que era por todo el pueblo, lo cual enfatiza en el relato de su entierro. Por su parte, al referirse a Siqueiros nos advierte que era cuestionado y satirizado y sobresale en este sentido su trabajo publicado en *Cuadernos Americanos* en el año 1947 con el título “Conversación con David A. Siqueiros sobre la Pintura Mural Mexicana”. Se trata de un ensayo enjundioso que reúne las distintas etapas de la llamada Escuela Mexicana de Pintura articulando con capítulos dedicados a la vida y obra de Siqueiros inserta en esta dinámica procesual.

<sup>1</sup>Virgilio López Lemus, “Memoria y razón de Loló de la Torriente”, *Bohemia*, La Habana, s/f.

En 1944 se compromete con un proyecto mayor consistente en la elaboración de un libro de memorias de Diego Rivera. Se trató de un empeño serio que le exigió rigor y pruebas constantes a su resistencia y motivación por espacio de 10 años. Relata la autora: Fue una tarea agradable, aunque erizada de dificultades y sujeta a las alternativas de la posibilidad diaria y sobre todo, a las de su carácter inestable, dinámico e imprevisor.<sup>2</sup> El resultado fue un texto de 354 páginas, que se ha convertido en obligada referencia para los estudiosos de la obra del pintor mexicano, titulado *Memorias y razón de Diego Rivera*, calificado en su momento como un texto redactado [...] por Loló de la Torriente con agilidad y soltura.<sup>3</sup>

Varios habían sido los intentos por realizar una biografía de Rivera, un personaje muy controvertido, entre lo legendario y lo mítico en pleno siglo XX. Fue entonces cuando Diego diría a Loló: "Te daría todas mis memorias si te dispones a trabajar [...] Sé que eres la única persona que las trabajaría con honradez y sinceridad".<sup>4</sup>

Loló nos legó con este libro sobre Diego la historia de una vida fecunda y las acertadas valoraciones de una trayectoria artística tan monumental como la pintura de su autor. Se trató de una labor muy compleja, la propia Loló nos revela:

Yo no dejaba de comprender su trabajo agotador; su obra gigantesca, su desmedido afán por realizar una tarea plástica acorde con su época y su personal estilo, pero también yo me sentía prisionera de su desorden y desigual dinamismo, quemándome en una espera de trabajo agotador que no parecía de fácil fructificación.<sup>5</sup>

La activa vida de la cubana en México se alternaba con frecuentes visitas a la isla donde publicaba trabajos en las revistas *Carteles*, *Mediodía* y *Bohemia* y ofrecía cursos sobre pintura mexicana en universidades y otros centros. Difundía así el proceso que vivía el arte mexicano de los años 40, en momentos en que los artistas en Cuba se mostraban muy interesados por conocer la experiencia mexicana que, cual paradigma en Latinoamérica, había logrado crear un lenguaje plástico propio sin ignorar los aportes de la vanguardia internacional.

México se convirtió en un espacio de confluencias y allí, en medio de aquel ajetreo de muralistas, grabadores y debates, llegaban los cubanos para aprender la técnica del fresco, para incorporarse al

<sup>2</sup>Prefacio a *Memoria y razón de Diego Rivera*, México, Renacimiento, 1959, p. 7.

<sup>3</sup>*Ibidem*, p. 5.

<sup>4</sup>*Ibidem*, p. 8.

<sup>5</sup>*Ibidem*, p. 10.

Taller de Gráfica Popular, para llenarse de todo ese caudal de vivencias, que aquel momento histórico irrepetible les proporcionaría. Loló compartía con sus compatriotas y en este sentido, investigar su papel en este sistema de relaciones artísticas, hace justicia a la significación de su quehacer en tierra mexicana. En uno de sus textos nos relata su descubrimiento de los colores de México en una tarde de otoño junto a uno de los más destacados artistas cubanos: “Era el espectro solar descompuesto para coronar la región más transparente [...] tomé a Jorge Rigol de la mano y le dije admirada: ¡Mira...! Nos encontrábamos con México. Nos envolvía con su misterio, nos sacudía con su emoción y nos ganaba con su poesía”.<sup>6</sup>

Sin dudas, aquellos 14 años en México contribuyeron decisivamente al desarrollo de Loló como crítico de arte. Paralelamente se inscribió en varios cursos de marxismo, de Letras y de Latín, donde compartió con figuras de la talla de Justino Fernández, Alfonso Caso, Efraín Huerta, Fernando Benítez, José Vasconcelos y Octavio Paz, entre muchos otros.

Aquella mujer apasionada y laboriosa creó una familia en México con el cubano Jorge A. Vivó, ex dirigente del Partido Comunista Cubano, hombre de sólida cultura que ocupó cargos

importantes en la Universidad Nacional Autónoma de México y fuera incluso declarado Profesor Emérito de este alto centro de estudios. De este matrimonio Loló tuvo dos hijas y su vida se fue anclando a este país.

A la par que recibía a las luchadoras cubanas Pepilla Marinello y Calixta Guiteras, frecuentaba recitales y conferencias y leía ávidamente la magnífica colección de obras cubanas que se conservaban en la Cámara de Diputados: “En las jornadas de largas tardes de estudios, entablé amistad con algunos investigadores y escritores mexicanos [...] Yo estaba absorta y confusa, admirada ante la hondura, el espesor y la grandeza de la cultura mexicana [...] Yo era una ignorante del mundo americano, no obstante mis estudios en la Universidad de La Habana y mis lecturas”.<sup>7</sup>

Es así como Loló se comprometió consigo misma a transmitir todos esos conocimientos en sus cursos y en los artículos que envía a Cuba, mientras trabajaba en la docencia en México incitada por Marinello que había llegado a este país tras la huelga de marzo de 1935.

Cuando Loló es contratada como reportera para el nuevo dia-

<sup>6</sup>Loló de la Torriente, *Testimonio desde dentro*, La Habana, Letras Cubanas, 1985, p. 330.

<sup>7</sup>*Ibidem*, p. 344.

rio *Novedades*, se le encargó hacer entrevistas a los artistas, escritores e intelectuales que visitaban México, ocuparse de asuntos culturales, intercambios con otros países y reportajes especiales, todo lo cual favoreció su protagonismo en el proceso intercultural entre Cuba y México, en un período que con la creación de la Asociación Nacional de Artistas se propició la llegada a México de figuras del teatro y el cabaret cubanos (Rita Montaner, Ninón Sevilla, Benny Moré, Bola de Nieve, Ernesto Lecuona, entre otros).

Estudiar los ensayos y la vida de Loló de la Torriente en México pone de manifiesto el esencial papel desempeñado por esta mujer polifacética e imprescindible en virtud de reconocer la posibilidad del diálogo y conocimiento mutuo de nuestras historias, de nuestros conflictos y de nuestras expresiones artísticas, aspiración que continuó desarrollando en décadas posteriores animada por ese entrañable amor hacia México, país donde afinó su sensibilidad, fortaleciéndola, según sus propias palabras, para el goce de una vida fecunda.

